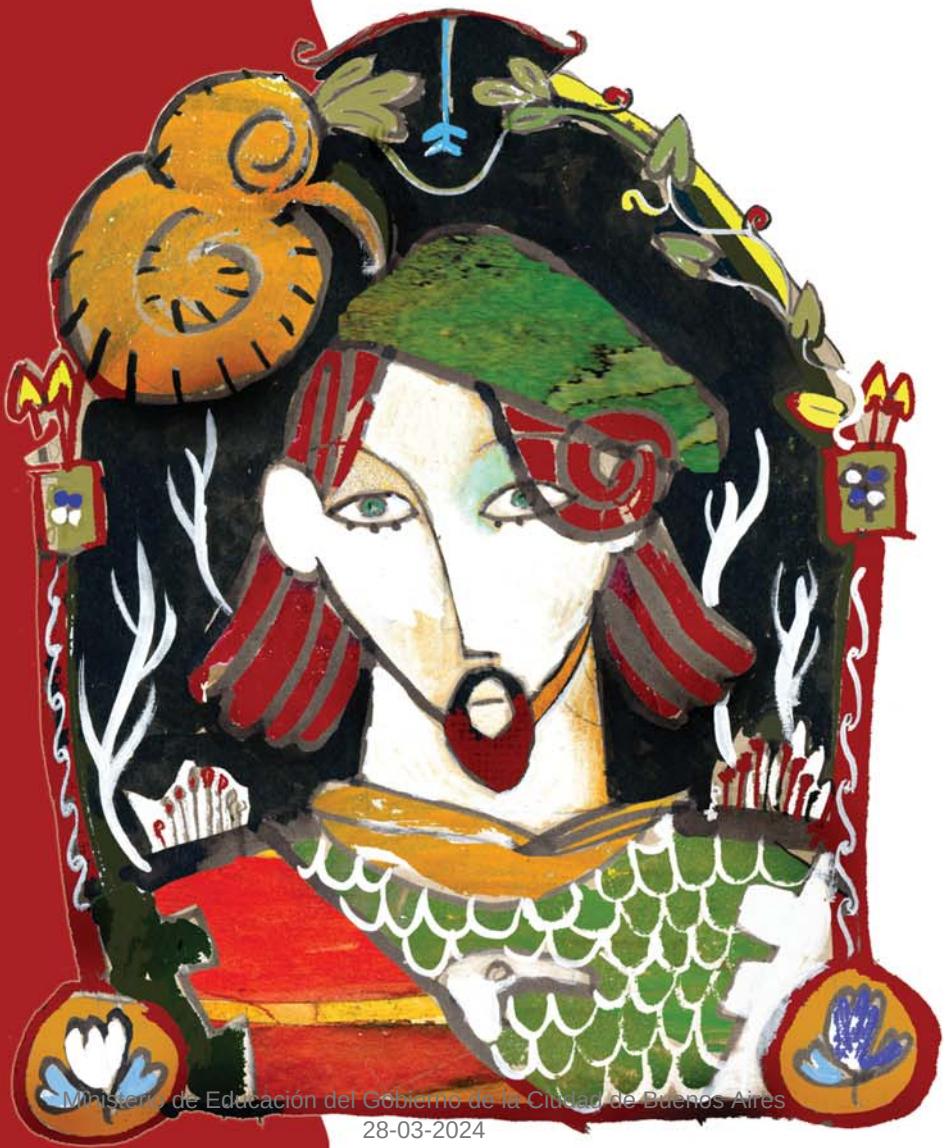
# Robin Hood



Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires . Secretaría de Educación . Dirección General de Planeamiento . Dirección de Currícula

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.

A los alumnos y alumnas:

Este libro pertenece a la biblioteca de tu escuela.
Te pedimos que, cuando trabajes con él,
lo cuides y pienses en otros chicos que,
como vos ahora, podrán disfrutarlo más adelante.

# Robin Hood

Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires . Secretaría de Educación .
Dirección General de Planeamiento . Dirección de Currícula

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.

Robin Hood / dirigido por Cecilia Parra. - 1a ed. -
Buenos Aires : Secretaría de Educación - Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, 2005.
72 p. ; 21x15 cm. (Plan plurianual para el mejoramiento de la enseñanza 2004-2007)

ISBN 987-549-274-4

1. Educación-Planes de Estudio I. Parra, Cecilia, dir.
CDD 372.011

**"Plan Plurianual para el Mejoramiento de la Enseñanza 2004-2007"**
***Robin Hood***
**Adaptación: Mirta Torres.**

ISBN 987-549-274-4
© Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
Secretaría de Educación
Dirección General de Planeamiento
Dirección de Currícula. 2005
Hecho el depósito que marca la Ley nº 11.723

Paseo Colón 255. 9º piso.
CPAc1063aco. Buenos Aires
Correo electrónico: dircur@buenosaires.edu.ar
**Distribución gratuita. Prohibida su venta**

**Edición a cargo de la Dirección de Currícula.**
Coordinación editorial: Virginia Piera.
Coordinación gráfica: Patricia Leguizamón.
Diseño gráfico y supervisión de edición: María Laura Cianciolo, Alejandra Mosconi, Patricia Peralta. Ilustraciones: Andy Crawley. Gustavo Damiani.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

# Índice

En los tiempos de Robin Hood.....9

1. Sueños del bosque.....11
2. El primer torneo.....14
3. Unos años después.....19
4. Asalto en la noche.....24
5. El código de los proscritos.....28
6. Pequeño Juan.....30
7. El caballero pobre.....33
8. Robin y el fraile Tuck.....40
9. El rescate de Marian.....42
10. Robin Hood, carnicero.....47
11. Un nuevo intento de Guy de Gisborne.....50
12. La flecha de plata.....52
13. El rescate de Will.....57
14. El Caballero Negro.....62
15. ¡Justicia!.....64
16. Robin, guardián de Sherwood.....65

G.C.B.A.



## Del autor al lector

"Si tú eres uno de aquellos que se avergüenza de pasar un buen rato en las *'tierras del nada que hacer',* estas páginas no son para ti. ¡Cierra el libro!

"Aquí encontrarás a un rey de nombre orgulloso, Ricardo Corazón de León, y sentados a su lado en las fiestas verás al aborrecido sheriff de Nottingham junto a ciertos nobles injustos y aprovechadores, a algunos clérigos amantes sobre todo del buen comer [...]

"Encontrarás a campesinos hambrientos y granjeros libres y esforzados, damas, comerciantes, pajes, haraganes, terratenientes, pordioseros y vendedores ambulantes.

"Aquí visitarás lugares placenteros, cubiertos de flores tan bellas como las que no existen ni siquiera en la imaginación, donde los pájaros no dejan de cantar y el vino y la cerveza fluyen como torrentes de agua fresca.

"Y ahora vuelvo la página y te tiendo la mano… ¿Vienes conmigo, lector?"

Howard Pyle



Nota del Editor: Howard Pyle es el autor de *The merry adventures of Robin Hood,* una de las más famosas adaptaciones de la historia, realizada en el siglo XIX, y una de las primeras en considerar a los jóvenes y a los niños como sus "lectores ideales". La presente adaptación, como casi todas las que actualmente circulan, toma de ella algunas situaciones. Se conservan las palabras "Del autor al lector", de H. Pyle, porque revelan el carácter de *cuento* que la historia adquirió progresivamente en los últimos dos o tres siglos.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.



# En los tiempos de Robin Hood

*Los normandos eran un pueblo procedente de lo que actualmente es el territorio francés. En el año 1066, cruzaron el Canal de la Mancha, que no se llamaba entonces así, e invadieron Inglaterra, la tierra de los sajones. Un siglo después, Enrique II, de origen normando, llegó a ser rey de Inglaterra, a pesar de la resistencia constante de los sajones.*

*Enrique II tuvo dos hijos: Ricardo, heredero del trono, y Juan, a quien se llamó "Sin Tierra". Al morir Enrique, en 1189, su hijo Ricardo fue coronado rey y trató de asegurar leyes igualmente justas para normandos y sajones. Sin embargo, a poco de comenzar su reinado, encabezó la Tercera Cruzada, una poderosa expedición militar, y al frente de ella se dirigió a Tierra Santa.*

*En su ausencia, encomendó a su hermano, Juan Sin Tierra, el reinado de Inglaterra. Para captarse el favor de los nobles y adquirir dinero, Juan no vaciló en perseguir a los sajones, enfrentar a los normandos que manifestaran su fidelidad al rey Ricardo y en exigir el pago de grandes impuestos a los campesinos desamparados.*

*Robin Hood no pudo permanecer indiferente ante estas crueles injusticias…*



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.



# 1. Sueños del bosque

—¡Madre! –llamó el muchacho al llegar a la casa después de haber pasado la mañana vagando por el bosque–, ¿está lista la comida?

La comida estaba ya sobre la mesa y Robin se sentó y comenzó a comer mientras su madre estaba lavando los trastos.

De repente, el muchacho dijo:

—¿Es cierto que el señor de Locksley era tu tío?

—Claro que sí, Robin –contestó ella.

—¿Y es cierto que mató a un jabalí sin que nadie le ayudase? –volvió a preguntar Robin.

—Así es –dijo la madre sonriendo–, fue una hazaña muy valiente. Decidió hacerlo porque el jabalí salvaje había ya dado muerte a varios campesinos cuando atravesaban el bosque y nadie se atrevía a enfrentarlo. El señor de Locksley se lanzó sobre la bestia y le clavó su puñal en el corazón. Después le sacó los colmillos y los llevó como trofeo a su casa.

Robin permaneció callado imaginando a su valiente antepasado caminando solo por medio del bosque, con el puñal en la mano. Luego, poniéndose de pie preguntó a su madre: —¿Crees que todavía existan jabalíes salvajes en el bosque?

—Si quedan no deben ser tan peligrosos como el que mató mi tío –respondió la madre.

Robin salió y echó a andar por la vereda de altos pastos que conducía desde su casa hacia la zona boscosa de Sherwood. Planeaba pasar la tarde como lo hacía siempre: organizando luchas con los otros muchachos, probando su agilidad en los saltos de altura, jugando carreras. Estaba ensayando con sus amigos una nueva forma de lograr distancia en los saltos ayudándose con largas ramas de árboles.

Pero esa tarde, cuando el sol empezó a ponerse, Robin aún no había vuelto a aparecer por la casa. Mientras encendía la lámpara



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.







de aceite, la madre de Robin comenzó a preocuparse. Su padre decidió salir entonces en su busca, pero al llegar apenas a las oscuras sombras de los primeros árboles del bosque, vio una figura correr en dirección a la casa.

—¿Dónde has estado? –gritó enojado el padre.
La ropa del muchacho se veía rota y sucia.
—¡Contesta mi pregunta! –volvió a gritar el padre.
—Yo..., yo me metí en el bosque y me distraje tratando de encontrar las huellas de algún jabalí. Me hubiera gustado matarlo como lo mató el señor de Locksley.
—Pues tuviste suerte en no encontrar ninguno –dijo el padre algo menos enojado.
—De todas maneras fue muy emocionante. Encontré a unos hombres muy rudos y alegres... Se rieron un poco cuando les conté qué andaba buscando, pero me dieron algo de comer y agua fresca y me invitaron a practicar con ellos la lucha con garrote. ¡Vieras, padre, dos luchadores giraban rápidamente con sus garrotes tratando de abrirse la cabeza uno a otro! Prometieron enseñarme y también regalarme un arco y unas flechas para practicar dar en el blanco...
—Tú no eres más que un muchacho –protestó su padre.
—¡Quisiera tener mi hogar en el bosque! –agregó Robin.
—¡No lo quiera el cielo! –agregó la madre.

Así fue creciendo Robin. En compañía de los muchachos de su comarca y de los hombres del bosque pronto aprendió a montar a caballo con notable maestría y a lanzar sus flechas sin errar nunca el blanco.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

## 2. El primer torneo

Una tarde, siendo ya Robin un joven de más de veinte años, llegó hasta la casa Will Scarlett, un muchacho alto de su misma edad, su primo y amigo preferido.

—¡Qué tal, Robin! –saludó Will desde la puerta–. Tengo para ti una noticia...

—Pasa, Will –contestó el joven–. ¿De qué se trata?

—Hay una feria a unas millas de aquí, en el condado de Nottingham –le explicó su amigo–. Los artesanos y los granjeros de los alrededores irán a ofrecer sus mercancías, pero lo mejor es que se organiza también un torneo; competirán los hombres más hábiles de toda la región: ¡el premio es una bolsa de monedas de oro y un barril de cerveza!

—Cuidado, muchachos –les advirtió el padre de Robin–. La feria de Nottingham suele ser el lugar de reunión de los nobles normandos. ¡No vayáis a buscar pelea!

—Pues este año, nosotros podríamos darles un disgusto quedándonos con las monedas –se entusiasmó Robin.

—¡Y con el barril de cerveza, no lo olvides! –agregó Will con una risotada.

El domingo por la mañana Will y Robin montaron sus mejores caballos y marcharon temprano hacia el pueblo de Nottingham. Para ambos era una nueva experiencia asistir a una feria. Cabalgaron por senderos primaverales a cuya vera el vientecito agitaba los débiles tallos de las flores silvestres. Sólo se escuchaba el canto de los pájaros y el casco de sus caballos, ya que ambos jóvenes marchaban en silencio, disfrutando de la ansiedad de encontrar bellas muchachas y de la esperanza de triunfar en el torneo.

Al doblar en un recodo del camino, muy cerca ya del pueblo, dieron de pronto con un grupo de normandos reunidos a la sombra de un roble. En medio de ellos, se alzaba un barril de cerveza. Los hombres se fijaron rápidamente en Robin y Will, que se acercaban al paso de sus cabalgaduras, y comenzaron a intercambiar frases burlonas. Un hombre de pelo rojizo –una de sus manos se aferraba a su ancho cinturón de cuero y sostenía con la otra un jarro de cerveza– gritó con la boca llena:






Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

—¿Adónde vais, mocitos?

Otro, reclinado sobre el pasto, rió ruidosamente y dijo:

—¡Ja, ja! ¡Observad sus arcos! ¡No valen más de un penique!

Robin sintió arder la ira en su corazón.

—Mi arco y mi flecha –exclamó– son tan buenos como los de cualquiera. Con ellos lograré que el sheriff de Nottingham me entregue con sus propias manos el premio de oro y cerveza que ha ofrecido para el ganador del torneo.

—¡Ja, ja! ¡Escuchad al jovencito! –gritó uno de los hombres, entre cuyos labios resbalaba una fina línea de blanca espuma–. ¿Y por qué, tú, niño de pecho, pequeño infante a quien su mamá acaba de peinar los rulitos, podrías vencer a los valientes normandos de Nottingham?

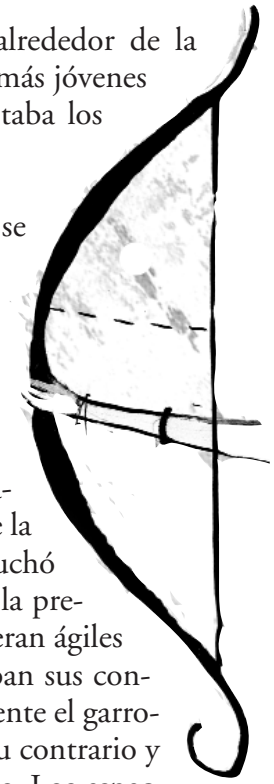
—¡Vamos, mocitos! –se burló el que permanecía recostado en la tierra–. ¡Os hará mal la cerveza después de tomar la leche!

Robin tomó su arco, sacó en menos de un segundo una flecha de las que llevaba en su morral y, sin apuntar casi, la lanzó haciendo que rozara levemente la oreja del que había hablado primero. Se hizo un silencio; el hombre, impresionado por el silbido fuerte de la flecha, dejó caer el jarro de cerveza y llevó su mano a la oreja para asegurarse de que todavía estaba en su lugar. La flecha, mientras tanto, dibujó su ruta en el aire y cayó sobre la tierra como una rama agitada por el viento del norte.

—Nos vemos en el pueblo –dijo Robin–. Y ambos jóvenes emprendieron nuevamente la marcha sin volver la cabeza.

Los comerciantes habían preparado sus puestos en el centro de la plaza y ofrecían a todos sus mercancías. Ninguno de ellos reparó en los dos jóvenes sajones que recorrían el lugar. Pero los hombres de Nottingham ya estaban enterados del encuentro ocurrido a la entrada del pueblo y se fijaron en ellos rápidamente. Algunos echaban miradas disimuladas sobre Robin y su amigo; otros hacían comentarios en voz baja.

Al atardecer, sonó una trompeta y se anunció el momento de la inscripción para participar en el torneo. Mientras las mujeres y los más ancianos empezaron a ubicarse alrededor de la arena donde se realizaría la competencia, los más jóvenes se agolparon alrededor del hombre que anotaba los nombres de los que deseaban participar.



Robin sentía una gran emoción cuando se acercó al grupo para inscribir su nombre. Los jóvenes normandos, hijos de los nobles del lugar, murmuraron burlonamente entre ellos cuando lo escucharon decir en voz bien alta: —¡Robin de Locksley!

Robin sabía que iba a enfrentarse con rivales que tenían mucha experiencia en el arte de la lucha con garrotes. Como quiera que sea, luchó bravamente y demostró lo útil que resultaba la preparación recibida desde la niñez: sus piernas eran ágiles y le permitían esquivar los golpes que lanzaban sus contrincantes; a la vez, logró hacer girar rápidamente el garrote sobre su cabeza hasta conseguir golpear a su contrario y hacerle desprender el suyo de entre las manos. Los espectadores aplaudieron sorprendidos y los mozos normandos se sintieron humillados porque aquel desconocido demostraba ser superior a ellos en agilidad y fuerza.

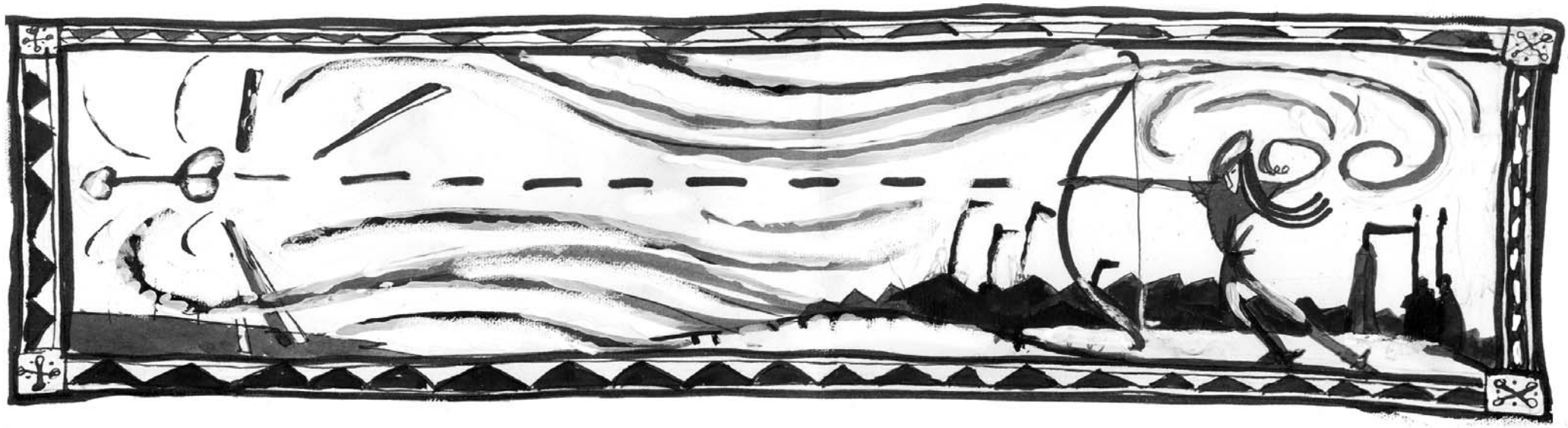
—¡Ya recuperaremos ventaja! –exclamaron algunos–. Es algo más que fuerza lo que se necesita para el manejo del arco y la flecha. ¡Ya veremos si puede volver a probar su pulso y su buena puntería!

Por fin, llegó el momento. Cuando fue su turno, Robin lanzó su flecha directamente sobre el blanco. Sin embargo, no fue la única flecha que dio en él; tres o cuatro jóvenes normandos demostraron también su habilidad en la puntería. Había que encontrar otra forma de decidir quién era el vencedor.

Guy de Gisborne, sheriff de Nottingham, que observaba el torneo desde cierta distancia, alzó su mano derecha. Era la principal autoridad en el lugar:




Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024





—Ordeno que una delgada vara de junco sea clavada en la tierra; el que pueda derribarla con su flecha, a una distancia de catorce pies, será el vencedor de este torneo.

Mientras se preparaba la nueva prueba, los participantes permanecían en silencio. Guy de Gisborne, en cambio, preguntaba a los hombres que lo custodiaban quién era ese joven que se atrevía a desafiar a los más hábiles normandos de Nottingham. Nadie pudo dar demasiados datos acerca de Robin pero le relataron de qué manera el joven había humillado a los normandos antes aun de entrar al pueblo.

Llegado el momento, el público murmuraba pues parecía imposible que alguien obtuviera el premio: la rama de junco se balanceaba con el viento... Uno tras otro hicieron silbar sus flechas; algunos lograron rozar el blanco. Robin tomó en sus manos el arco y apuntando cuidadosamente, disparó. Todos contuvieron la respiración y dirigieron sus ojos hacia el junco clavado en medio del terreno.

¡Crac! La esbelta rama quedó partida en dos atravesada por la flecha de Robin. El atronador aplauso del público llenó el aire.



Guy de Gisborne hizo un gesto de disgusto y dio la espalda a los competidores. Prefirió retornar a su castillo antes de ser él mismo quien entregara el premio a este sajón desconocido que abrazaba con alegría a su compañero.

## *3.* Unos años después

Era un invierno cruel en los bosques de Sherwood. La nieve pesaba sobre las ramas desnudas y ni una hoja de hierba se asomaba por encima de la blanca manta de hielo.

El bosque señalaba el límite de las tierras que administraba el poderoso Guy de Gisborne. Entre los árboles apareció de pronto una figura temblorosa, apenas cubierta de andrajos; su piel se veía roja por las quemaduras del frío y sus pies heridos por las malezas del lugar. Era Sibald, el siervo, que desorientado y débil, se internaba cada vez más en la profundidad del bosque. De pronto, un

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

ruido lo detuvo. Una manada de ciervos se acercaba. Sibald se ocultó tras unos árboles y cuando los animales desprevenidos estuvieron cerca, surgió de repente con su arco preparado y disparó una flecha. Un cervatillo cayó y los demás huyeron mientras Sibald se acercaba a la víctima para rematarla con su cuchillo.

El hombre estaba hambriento y devoró como un perro el primer trozo de carne que arrancó de abajo del pellejo. Cuando, ya más calmado, empezó a elegir para cortar otras partes, sintió que alguien estaba cerca suyo. Se puso de pie de un salto, con el cuchillo ensangrentado en la mano, dispuesto a enfrentar a cualquiera que se le pusiese delante.

El recién llegado era un joven de cabellos rojizos, mirada clara y esbelta figura. Su espalda y sus músculos revelaban agilidad y fuerza.

Sibald, de menor estatura, alzó sus ojos hasta encontrar los del joven, dispuesto a todo.

—Deja el cuchillo, Sibald –dijo el hombre serenamente.

—Robin… ¡Robin de Locksley! –murmuró Sibald–. Amo Robin, tenía hambre.

—Y ganas de que te colgaran –replicó Robin–. Si un guardabosque encuentra el cuerpo del ciervo, te ahorcarán, Sibald.

—Morir en la cuerda o morir de hambre…, ¿qué más da? –gruñó Sibald–. Amo Robin: yo tengo esposa y dos hijos. Pero cuando comenzó el invierno, me enfermé, cosa que no le está permitida a un siervo, y Guy de Gisborne nos echó de nuestra choza. Dice Guy que un siervo que no trabaja no puede alojarse ni comer en sus tierras.

—Sé que Guy de Gisborne es un hombre cruel –repuso el joven Robin–. Pero quien caza un ciervo recibe como castigo la pena de muerte.

—¿Pena de muerte? ¡Mis hijos lloran de hambre y no tengo nada para darles de comer! Si me cuelgan, amo Robin, será con la barriga llena.

Un destello de pena se asomó a los ojos de Robin.

—¿Dónde está tu familia? –preguntó.

—Allí, en los huecos de unos árboles para soportar mejor el frío –respondió Sibald, señalando el lugar desde el que había venido.

—¿Vives en el bosque?



Sibald asintió:

—No es mucho peor que vivir siendo siervo de Guy. Azotes en la espalda y trabajar de la mañana a la noche recibiendo más azotes porque soy lerdo y no muy hábil, amo Robin.

La voz de Sibald se enronquecía de enojo a medida que hablaba y terminó diciendo con fiereza:

—¡No hay justicia para los sajones con estos perros normandos!

—Dices verdad, amigo –asintió Robin–. Pero ahora busca a tu familia y acércate a mi granja. Veremos qué puedo hacer por vosotros.

—¿A tu granja, amo Robin? ¿Olvidas que he matado un ciervo?

Una leve sonrisa iluminó el rostro de Robin.

—Alguna vez también a mí se me ha escapado una flecha cuando algún ciervo se acercó a comer de mis cosechas sin pedir permiso. Trae a tu familia para que se abriguen al menos junto al ganado.

—Amo Robin –respondió Sibald con los ojos llenos de lágrimas de agradecimiento–. Bien dicen que tenéis el corazón más bondadoso del reino.

—¡Ven cuando quieras! –dijo Robin dando unos pasos para alejarse. Atravesó el bosque hasta llegar a una sólida casa de madera, con graneros y establos que se hallaban a unas millas de distancia. Allí vivía Robin, en la propiedad que había heredado de su padre, una granja y doscientos acres de tierra que le permitían ser un hombre libre aunque Guy de Gisborne intentara en vano arrojarlo de su vivienda y adueñarse de ella.

Las huellas de los pasos de Robin fueron quedando sobre la nieve marcando un camino que conducía directamente desde el cadáver del ciervo hasta la casa del joven. Esa tarde, el guardabosque pasó por el lugar y se detuvo a observar. Siguió las huellas hacia el bosque y llegó al pie de un olmo donde descubrió un montículo de nieve recientemente revuelta y sucia de sangre. Despejó un poco la nieve con las manos y al hacerlo fueron quedando al descubierto un par de astas de ciervo. El guardabosque tiró de ellas y descubrió el cuerpo del animal que Sibald había ocultado allí.



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024



—¡Ajá! –dijo para sí mismo–. Parece que Robin de Locksley ha estado practicando puntería. ¡Es una buena noticia para sir Guy! ¡Deberá premiarme por hacérselo saber!

El hombre echó sobre su espalda el cuerpo del ciervo y se dirigió hacia el gran castillo de piedra de Guy de Gisborne. La mansión se levantaba junto al antiguo foso que corría desde la Abadía de Santa María hasta Nottingham. Guy administraba las tierras de Santa María para Hugo de Rainault, el abad normando a quien se le había concedido autoridad sobre el lugar.

Guy de Gisborne era un hombre alto y de aspecto feroz, su tez se veía oscurecida por el sol y tenía en los labios un rasgo despectivo y burlón. Perseguía a los sajones con tanta fiereza y hacía asestar azotes tan duros sobre las espaldas de los siervos que hasta el mismo Hugo de Rainault solía protestar algunas veces contra su administrador.



El guardabosque entró hasta el vestíbulo del castillo con el cuerpo del ciervo sobre sus hombros. Al fondo de la sala, el mismo Guy de Gisborne calentaba sus manos acercándolas a los leños que ardían en la enorme chimenea. Se dio vuelta y, al ver el animal, rugió más que dijo:

—¿Quién ha hecho esto?

—¡Robin de Locksley, señor!

—¿Tienes pruebas, guardabosque?

—Suficientes, señor –respondió el hombre–, porque las huellas van desde el lugar donde enterró el ciervo hasta la propia puerta de su granja.

Guy sonrió levemente diciéndose a sí mismo que ya contaba con dos buenas razones para apresar a Robin y llevarlo ante la justicia: porque él mismo deseaba apropiarse de los doscientos acres de la granja de Locksley y porque acababa de matar un ciervo.

—¡Te aseguro –dijo en voz alta– que la granja de Locksley cambiará de dueño antes de que el sol alumbre la nieve de mañana!

Guy de Gisborne se puso su cota de malla y dio orden a sus hombres de que se prepararan.

G.C.B.A.
Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.





## 4. Asalto en la noche

Mientras Sibald y su familia dormían abrigados en un cobertizo de la granja de Robin, entre la paja tibia, el joven permanecía de pie, bajo el sólido pórtico de la casa.

De pronto, Will Scarlett, su hombre de confianza, se aproximó a Robin con el rostro alarmado.

—Estamos rodeados –dijo y señaló hacia la ventana sin agregar una palabra más. Robin corrió hacia allí y vio, sobre el manto blanco que cubría el campo abierto entre el límite de sus tierras y el bosque, a un grupo de jinetes que se acercaba luchando contra la nieve. Los hombres no seguían el camino sino que marchaban directamente a través de los campos sembrados.

—Esto puede ser el fin para todos nosotros –murmuró Will, mientras descolgaba su arco y preparaba la aljaba con las flechas.



—Esto hace que la vida sea digna de vivirse –repuso Robin mientras preparaba él también las armas—. —¿Con quiénes contamos, Will? –inquirió.

—¡Contad conmigo! –exclamó Much, el hijo del molinero–. Si juntos bebemos cerveza, también disfrutaremos juntos de estos buenos momentos de diversión.

—Les mostraremos que no nos domina el miedo –dijo–. ¿Quién de vosotros quiere arriesgarse conmigo para sorprender a estos bribones?

Los siervos de la casa de Robin se unieron para colaborar en la defensa. Las sombras de la noche iban cayendo. Los hombres de Guy de Gisborne iban aproximándose decididos a apostarse entre los matorrales para atacar en cuanto despuntaran las primeras luces del día.

Con toda rapidez, Robin trazó un plan que debía ponerse en marcha inmediatamente.

En aquellos tiempos todas las grandes construcciones estaban rodeadas de fosos profundos como protección contra el ataque de cualquier enemigo, fuese animal o humano. Resultó cosa fácil para Robin y el grupo de hombres que lo acompañaba atravesar a nado los fosos en medio de la oscuridad nocturna.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

Cuando llegaron a las proximidades del campamento que Guy de Gisborne había hecho improvisar a sus soldados cerca de allí, Robin instruyó a los otros con rapidez y en voz baja: —¡Atacad a los soldados mientras están dormidos, porque si despiertan y se organizan nos quedarán pocas posibilidades de vencerlos!

Él mismo dio el ejemplo avanzando sin miedo. Las espadas empezaron a relucir a derecha e izquierda. Los hombres de Guy se pusieron en pie tan rápidamente como pudieron pero entre las sombras de la noche la confusión era total.

Guy de Gisborne, que descansaba en una tienda especialmente preparada para él, escuchó el tumulto, vistió nuevamente su armadura y, saliendo al campo, en medio de la oscuridad, gritó a través de las barras de su yelmo:

—¡Robin de Locksley, sé que eres tú con una banda de forajidos el que se ha lanzado sobre mis hombres! ¡Deponed vuestras armas y rendiós todos a mí, sheriff de Hugo de Rainault, abad de Santa María! ¿Has comprendido?

Sin dejar de luchar, Robin respondió con voz potente:

—Duras palabras las tuyas, sheriff. ¿Y por qué debemos rendirnos?

—Porque tú y tus hombres habéis dado muerte a un ciervo en el bosque de Sherwood –replicó Guy–. Por eso, te declaro, Robin de Locksley, desposeído de tus bienes y condenado a perder tu mano derecha para que nunca vuelvas a usar tu arco.

—¿Sin juicio, sheriff? –preguntó Robin deteniendo por un momento el accionar feroz de su espada, incrédulo ante las palabras del normando.

—El caso ya está probado –respondió Guy despectivamente tratando de ubicar la figura de Robin en la oscuridad y la confusión del campamento. Y agregó: —¡Haré justicia sobre ti y tus hombres en nombre del abad!

Robin explotó de ira: —¿Justicia, ladrón normando? ¡Te aseguro, Guy de Gisborne, que desde que el rey Ricardo partió a las Cruzadas no ha habido justicia en Inglaterra!

Los hombres del sheriff, entretanto, huían hacia el bosque, incapaces de organizarse para dar batalla frente a frente. Los compañeros de Robin, al comprender que los enemigos abandonaban el lugar lentamente a causa de la nieve, comenzaron a arrojar flechas en la oscuridad, sin esperanzas de dar en el blanco. Much, sin embargo, debió alcanzar a alguno de los soldados porque inmediatamente después de escucharse el silbido de una flecha, un alarido de dolor quebró la fría oscuridad de la noche.

Robin, por su parte, percibió el brillo del yelmo de Guy y alzó hacia él su arco. El joven sabía que el acero era impenetrable, pero el golpe fue tan fuerte que hizo trastabillar al sheriff y lo dejó aturdido y a punto de caer sobre la nieve. Uno de los hombres de su guardia lo ayudó a mantenerse en pie. A medida que los soldados se alejaban, el silencio se hacía más notable para Guy que pronto comprendió que había quedado allí sin protección.

—¡Oye, sheriff! –gritó Robin–. Por toda esta matanza me he convertido en un hombre fuera de la ley, y también estos leales hombres que me acompañan. A ti y al abad os vendrá de perlas la excusa para apoderarse de la granja de Locksley. Dile al abad que sé que un ladrón se oculta bajo los hábitos. Dile también que pagará cara la granja porque desde hoy les declaro la guerra, a él, a ti, y a todos los de su especie que se esconden tras las gruesas murallas de los castillos para abusarse de los hombres honestos.

Los hombres de Robin habían rodeado a Guy de Gisborne y al único guardia que había permanecido a su lado. Todo era sombras.

—Scarlett, trae dos caballos y pon las riendas en sus manos.

Guy tomó las riendas y avanzó desorientado hacia el bosque profiriendo amenazas: —¡Te apresaré con mis propias manos, Robin de Locksley! ¡No te perdonaré esta humillación!

Robin y sus compañeros se retiraron también; regresaron a la granja por donde habían llegado, a través del foso, ya que dirigirse hacia el camino en medio de la noche hubiese sido peligroso por la cercanía de los soldados.

Alrededor del fuego, Robin habló a sus hombres: —Guy regresará con la luz del día y si da con nosotros nos espera la tortura y la horca.

—Estaremos a tu lado, amigo –exclamó Will Scarlett.



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

—Sí, pero no en el cadalso –replicó Robin–. Lo mejor es esconderse en los bosques de Sherwood, donde no podrán hallarnos ni encontrar nuestras huellas. ¿Quién me sigue?

Fueron nueve valientes los que siguieron a Robin al bosque en aquel primer momento.

—Gracias, amigos –dijo Robin con la voz quebrada por la emoción.

## 5. El código de los proscritos

A comienzos de la primavera Robin de Locksley estaba instalado en el bosque de Sherwood y el grupo de hombres que lo rodeaba se había hecho más numeroso: otros como él se refugiaban en la espesura, hartos de las injusticias de barones y abades, expulsados de las tierras que habían heredado, perseguidos por el sheriff cuando trataban de cazar algún animal que los librase del hambre y el frío durante el invierno.

Robin, que conocía los rincones del bosque como la palma de su mano, guió a los hombres hacia cavernas donde pudieran guarecerse, les indicó caminos secretos que llevaban hacia fuentes de agua cristalina, proveyó de su propia granja harina para que no faltara el pan y los expertos cazadores consiguieron el resto.

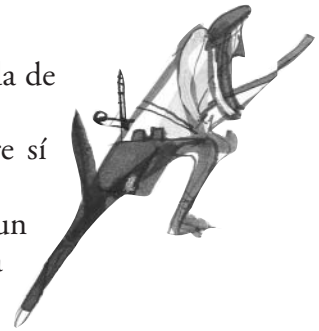
Pero todos sabían bien que con ciervos y otras presas no bastaba…

Una mañana, como todos los días, un grupo de hombres de Robin vigilaba el camino que atravesaba el bosque. Dio en pasar por allí un viajero sobre cuyo caballo era posible ver un voluminoso equipaje. En pocos segundos el hombre fue capturado por los miembros de la banda. Le ataron fuertemente las manos a la espalda y lo llevaron andando delante de su propio caballo. Aterrorizado, el viajero no atinaba a pronunciar una sola palabra.

Al acercarse al claro del bosque donde solían reunirse, una fuerte voz interrumpió la marcha de aquel extraño grupo:



—¿Quién le ha atado las manos a la espalda de manera tan bárbara?



Los hombres de Robin se dirigían entre sí torvas miradas.

—¿Era necesario amarrar las manos de un cautivo de forma tan brutal? ¿Os gustaría a vosotros recibir ese trato?

Mientras hablaba, Robin iba acercándose por detrás del viajero que intentaba ver el rostro de su defensor. Pero el joven, para no ser reconocido por el prisionero, se había cubierto la cabeza con una capucha.

Un muchacho de la banda se apresuró a desatar las muñecas del prisionero. El hombre se frotaba las marcas encarnadas que la cuerda le había dejado mientras intentaba recobrar la voz: —Os agradezco, señor…, señor "encapuchado" –dijo mirando a Robin–. Bueno, perdónadme por llamaros así, pero desconozco vuestro nombre.

Los ojos de Robin de Locksley brillaron divertidos bajo la capucha: —Has dicho bien. Ese es mi nombre: Hood, Robin Hood.[1]

Desde ese día, el fugitivo comenzó a ser conocido con el nombre de Robin Hood.

El viajero, entretanto, libre ya de las ligaduras, se sentó sobre un tronco.

—Robin Hood, parecéis ser el jefe. Os ruego que escuchéis mi historia. Esta mañana, al salir el sol, salí de Nottingham con mi mercancía. Recorro sin descanso los pueblos de los alrededores donde viven mis clientes. Llevo paños rústicos para los trabajadores y sus mujeres. Pero al tratar de cruzar el bosque para acortar distancias, estos hombres me tendieron una emboscada. Y aquí me veis…

—¿Así pues no viajábais con finos paños y sedas para los ricos de la región y sus esposas? –inquirió Robin.

1. *Hood*, en inglés, significa "encapuchado".



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

—Revisad mis fardos y veréis que os he dicho la verdad –repuso el viajero.
—Abridlos. Si ha dicho la verdad, podrá seguir su camino sin ser molestado.

Los fardos contenían humildes tejidos pardos de los que usan los campesinos y la gente del pueblo.
—¡Vete! –dijo Robin–. Nuestro deseo no es combatir a los pobres ni perturbarlos en su trabajo.
—Gracias, Robin –respondió el hombre–. Regresaré por este mismo camino y traeré conmigo rollos de paño verde para que no seais descubiertos entre las ramas de los árboles. Haré un buen negocio porque parecéis ser más de cien.

Mientras el hombre se alejaba al trote de su caballo, Robin reunió a la banda:
—Todos los que estamos aquí somos hombres libres –dijo Robin–. No hay ya más siervos entre nosotros ni los habrá. Pero tened mucho cuidado, mis buenos amigos, de hacer daño alguno a los granjeros o a hombres buenos que, como este pobre viajero, se ganan la vida con su trabajo honesto. Nuestra ley debe ser: ¡Ayudar a los buenos y a aquellos cuya vida es dura! A los señores y a los abades que roban al pobre y a los jueces que apresan a los inocentes y los maltratan y castigan, a esos sí hay que despojarlos de los bienes que han robado. Y jamás hagáis daño a una mujer.



## 6. Pequeño Juan

Con su nuevo traje de paño verde, Robin caminaba por los alrededores del paraje que ocupaban sus hombres en el bosque de Sherwood. Veía a algunos reparando sus arcos, arreglando las cuerdas y construyendo flechas con finas ramas.



Poco a poco, se fue alejando. Tenía el oído alerta porque sabía que si algún peligro se presentaba sus hombres harían sonar el cuerno para avisarle.

Anduvo vagando por el bosque, en medio de la maleza, por senderos sombríos. A la izquierda corría un arroyo y caminó hacia él para calmar su sed. Ante sí se alzaba un viejo puente y se dispuso a cruzarlo para beber en la otra orilla, a la sombra de los árboles. De pronto, Robin quedó quieto y sorprendido. Por el lado opuesto del puente avanzaba un hombre de elevada estatura, corpulento como un gigante.

Robin avanzó unos pasos; el gigante no se movió, por el contrario, se detuvo con las piernas fuertemente plantadas y mirando a Robin de manera insolente como retándolo a que tratara de pasar.

Robin sonrió alegremente. ¡Por fin se presentaba una aventura! Aquel hombrón no tenía intenciones de dejar libre el paso y Robin, jefe de los fugitivos del bosque de Sherwood, no pensaba retroceder ni preocuparse por la corpulencia del adversario. Sin embargo, uno de los dos debería hacerse a un lado, para que el otro pudiera pasar.

Robin miró hacia el arroyo turbulento y con ánimo decidido gritó: —¡Dejadme pasar!

El hombre entornó los ojos sin moverse. Robin empezó a tensar su arco y a colocar la flecha. El gigante avanzó hacia él blandiendo en la mano un garrote.



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

—Si os atrevéis a estirar la cuerda de vuestro arco –dijo con voz sombría–, sacudiré el polvo de vuestras vestiduras.

Sus palabras eran valientes porque Robin, con el arco preparado, podría haberlo matado si lo hubiese querido. No podía negarse el valor de aquel hombrón amenazante.

—Esas palabras son tonterías –afirmó Robin–; en este mismo instante puedo clavar una flecha en vuestro corazón.

—¡Cobarde! –respondió el otro–, vos estáis armado con arco y flechas y yo cuento únicamente con mi garrote.

Robin saltó fuera del puente, dejó su arco y, dirigiéndose a un cedro, arrancó con esfuerzo una rama, le quitó las hojas y volvió.

Allí, en el centro del puente, se encontraron los dos hombres. Robin descargó un rudo golpe de estaca sobre el hombro del gigante que respondió aplicándole un fuerte garrotazo en la cabeza. La lucha iba creciendo en furia.



De pronto, Robin lanzó un aguacero de golpes fuertes y rápidos que hicieron retroceder al gigante y, cuando sintió que estaba a punto de vencerlo, dio un traspié y cayó al arroyo.

Las aguas corrían torrentosas a causa de las lluvias de la primavera y Robin necesitó unos instantes para volver a salir a la superficie, al tiempo que el hombrón se recuperaba de los últimos golpes.

—¿En qué andamos, ahora, compañero? –preguntó risueño el hombrón.

—Por el momento –repuso Robin–, estoy saliendo del agua y tú pareces ser el vencedor.

—Ya que admites tu derrota, te dejaré atravesar el puente.

Robin salió por la orilla por la que el arroyo era vadeable. Estaba empapado y cubierto de lodo. El gigante le tendió la mano:

—Me conocen como Pequeño Juan. Nadie ha logrado nunca doblegar mi voluntad y, como siempre, ando vagando con hambre de varios días.

Mientras Robin trataba de limpiarse el lodo, recogió su arco y le dijo:

—Vente conmigo. Te presentaré a una banda de hombres que con gusto compartirán contigo un plato de buena comida.

Ambos retornaron por el camino por el que Robin había llegado. Al acercarse a Sherwood, el joven tomó su cuerno y lo acercó a los labios. Lo único que salió de él fue un chorro de agua sucia que había quedado allí luego de la caída. Pequeño Juan y Robin rieron alegremente. Robin sacudió el cuerno y volvió a soplar. Al escuchar el llamado de su jefe, los hombres de la banda fueron acercándose.

—Estos son mis compañeros, Pequeño Juan –dijo presentándolos con orgullo.

—Amigos –dirigiéndose a los miembros de la banda–. El que me acompaña es un magnífico luchador de garrote que quiere unirse a nosotros.

—¿Cuál es vuestro trabajo? –quiso saber el nuevo integrante de la banda del bosque.

—Nuestra tarea consiste –dijo Robin–, en enderezar lo que anda mal. Si hay un tirano que robe a los pobres, tendrá que vérselas con nosotros. Únete a la banda: tenemos comida en abundancia.



En el bosque, Pequeño Juan aprendió a usar el arco y la flecha y se convirtió rápidamente en un compañero inseparable del jefe Robin.

## 7. El caballero pobre

Por la espesura del bosque de Sherwood marchaba un caballero acompañado tan solo por un jovencito de muy pocos años. Ambos tenían hermosos corceles pero sus ropas se veían pobres y viejas. Se dirigían a la abadía de Santa María, muy cercana a Nottingham.

Al oír el trote de los caballos, Pequeño Juan se abrió paso entre las ramas e hizo señas al jinete y a su compañero para que se detuvieran.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

Los jinetes eran, para Robin y sus hombres, la mejor presa; se trataba en general de gente rica a la que despojaban fácilmente de su dinero para distribuirlo entre los pobres.

—¿Quién es vuestro jefe? –inquirió el caballero al tiempo que detenía su caballo y extendía una de sus manos con un gesto en el que pareció intentar proteger al joven que lo acompañaba.

—Es Robin Hood –fue la respuesta.

—He oído hablar mucho de él. ¿Tendréis la bondad de conducirme a su presencia? –solicitó el caballero.

Pequeño Juan, sin responder, tomó las riendas del corcel del caballero y lo condujo mientras el jovencito avanzaba detrás al paso lento de su caballo.

Cuando Robin descubrió la presencia del caballero y su acompañante, se dirigió hacia ellos. El caballero, al verlo acercarse, echó pie a tierra y le dijo: —Debéis ser Robin Hood, el jefe del hombre que se cruzó en nuestro camino.

—Así es, caballero –respondió Robin–. ¿Qué os aqueja? –inquirió con curiosidad al ver la pobreza de las vestimentas de ambos.

—¡Nada en absoluto! –dijo con orgullo el mayor de los jinetes–. Me llamo sir Richard de Lea. Solo quiero deciros que si vuestra intención es el robo, encontraréis apenas diez chelines en mi bolsa.

Robin Hood miró a Pequeño Juan guiñándole el ojo. ¡Ya habían oído ese cuento cientos de veces!

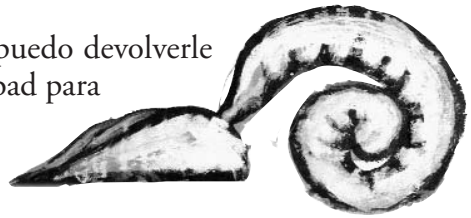
—Decidme, entonces, señor –continuó Robin dirigiéndose al caballero–, ¿por qué os encontráis en situación de tan gran pobreza?

—Esa es una historia larga de contar. Yo era un rico caballero normando hasta hace dos años. Parte de mi fortuna me fue robada y, para coronar esta desgracia, mi hijo mayor hendió durante un torneo el casco de un caballero. Se declaró más tarde que el caballero había muerto y, para salvar a mi hijo de ir a prisión, debí pagar una multa exorbitante. Para ello, el abad de Santa María me otorgó un préstamo.

—¿El abad presta dinero? Es increíble –dijo riendo Robin.

—Yo prometí al abad –siguió diciendo sir Richard–, que al cabo de un año devolvería el dinero o entregaría mis tierras y mi casa.





La fecha se cumple mañana. No puedo devolverle el dinero y voy a presentarme al abad para entregarle mis tierras.

—¿Por qué no habéis pedido un nuevo préstamo para evitar ser despojado de vuestras propiedades? –preguntó Robin después de permanecer unos segundos pensativo.

—¿Quién sería capaz de prestar cuatrocientas libras a un caballero en quiebra?

A todo esto, el joven acompañante de sir Richard bajaba en silencio la cabeza escondiendo su rostro y su mirada a todos los hombres de Robin que rondaban por allí. Mientras sir Richard relataba su triste historia, parecía esforzarse por contener los sollozos.

—Sir Richard –repuso Robin–, desgracias como las que acabáis de contarme son habituales en estos tiempos. Ved al abad mañana mismo y rogadle que os conceda un nuevo plazo para devolver el dinero.

—El abad es un hombre duro, Robin Hood –respondió el caballero.

—El abad sólo quiere apropiarse de tierras y castillos… –afirmó Robin recordando sus propias desgracias–. Si se niega a conceder un nuevo plazo, le pagaréis la deuda completa. Me encantará ver la cara enfurecida del abad.

—¡Muy divertido! –exclamó sir Richard– pero yo no tengo el dinero.

—Yo os lo prestaré –fue la respuesta de Robin–. Pequeño Juan, ve al arca de nuestros tesoros y trae la suma que necesita sir Richard.

El caballero estaba emocionado y sorprendido. Su acompañante no sacaba sus ojos claros del rostro de Robin.

El joven ordenó que entregaran a sir Richard nuevas vestiduras y que colocaran una nueva silla sobre el lomo de su corcel. Lo mismo debían hacer con el muchachito pero, cuando los hombres se le acercaron, retrocedió sin decir palabra y no aceptó ninguna ayuda de su parte.



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

—¡Hoy es el día! –mascullaba Hugo de Rainault, abad de Santa María–. A las doce seré dueño de las tierras y el castillo de Richard de Lea.

El astuto abad sabía que el caballero no había reunido el dinero para pagar su deuda.

—¡No olvidéis vuestra promesa, abad Hugo! –recordó Guy de Gisborne que se hallaba junto al abad en la amplia sala.

Hugo de Rainault alzó su vista hacia el sheriff que permanecía de pie: —¿Queréis verdaderamente casaros con la joven Marian de Lea?

—Su padre no deseará que Marian salga del castillo para entrar en un convento cuando vos lo arrojéis de allí –repuso Guy–. Ella podrá permanecer en su casa y yo pasaré a ser Guy de Gisborne, caballero de Lea, por derecho propio.

Asintió Hugo sin estar muy convencido.

—Abad, no andemos con vueltas. Enviad a algunos de vuestros hombres de confianza y haced traer hoy mismo a la joven Marian.

El abad se puso de pie. El momento en el que sir Richard debía llegar para pagar su deuda iba acercándose. Comenzó a desplazarse nervioso desde un extremo a otro de la estancia. Un monje entreabrió la puerta: —Dos jinetes se acercan, señor abad.

El abad y Guy se asomaron a la ventana de la torre para ver, todavía a la distancia, las figuras que se dirigían hacia ellos.

El abad se intranquilizó. No pensaba que sir Richard estuviera en condiciones de pagar su deuda.

Guy de Gisborne pareció compartir las sospechas de Hugo de Rainault y dijo en voz alta: —Aunque haya logrado reunir el dinero, lo obligaré a que me entregue a Marian en matrimonio.

—No os apuréis –respondió el abad.

Mientras tanto sir Richard de Lea entraba en el gran vestíbulo y, seguido siempre por su silencioso acompañante, se acercó al abad y a Guy de Gisborne.

—¿Habéis traído el dinero? –inquirió Hugo de Rainault por todo saludo.



—Señor abad –respondió el caballero–, pensé que aceptaríais una parte del pago y me concederíais un nuevo plazo para pagar el resto.

Sir Richard de Lea deseaba ver hasta dónde llegaba la ambición del abad y su deseo de apoderarse de las tierras que no le pertenecían. Se reía por dentro pensando en la cara de Hugo cuando viera que traía consigo la totalidad del dinero para pagar la deuda.

—¡O liquidáis todo lo que debéis o entregáis vuestras tierras! ¡No estamos aquí para nuevos tratos! –exclamó el abad.

—Sólo he venido a pediros un poco de compasión –protestó humildemente sir Richard.

—¡Compasión! ¡Me quedaré con vuestro feudo si no pagáis!

—Entonces –replicó sir Richard cambiando el tono de su voz–, ¡pagaré!

Y por debajo de su capa sacó dos pesadas bolsas que llevaba ocultas y las puso sobre la mesa ante la mirada atónita del abad.

—Ahora que sé cuánto vale la compasión del abad, entregadme la nota que he firmado por el valor de mi deuda –exigió el caballero.

—No tan rápido –respondió Hugo de Rainault, furioso porque veía perderse la propiedad de las tierras y el castillo que tanto ambicionaba–, contemos el dinero.

—Queda otro trato por hablar con vos, caballero –interrumpió Guy de Gisborne.

Sir Richard de Lea miró a Guy reparando por primera vez en su presencia. También el abad volvió la vista hacia él, molesto porque había interrumpido la discusión sobre el pago de la deuda que era el único tema que le preocupaba.

—Es cierto –confirmó sin embargo Hugo de Rainault mientras contaba enfurecido el dinero–, deseo pediros la mano de vuestra hija Marian para Guy de Gisborne, sheriff de Nottingham y mi hombre de confianza.

—¡Eso jamás! –gritó el joven acompañante de sir Richard haciendo oír su voz por primera vez.



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.





—¡Lady Marian! –exclamó Guy de Gisborne sorprendido–. ¿Qué hacéis así vestida?

—¡Acompaño a mi padre a enfrentar a fieras inhumanas como vosotros! –gritó Marian cuyo cabello, a causa de la explosión de furia, había caído de abajo del sombrero que lo mantenía oculto hasta ese momento.

—¡Basta de tratos! –exclamó Richard de Lea–. Entregadme el papel que me declara libre de mi deuda y Marian y yo volveremos al castillo de inmediato.

—¡Concededme la mano de vuestra hija o no recobraréis el documento! –gritó Guy de Gisborne sacando su espada y amenazando a sir Richard.

Hugo de Rainault comprendió que todavía le quedaba alguna esperanza de apoderarse del feudo de Richard de Lea y decidió apoyar a su malvado sheriff. Agitó una campanilla que se hallaba sobre la mesa y un grupo de hombres armados ingresó en la habitación.



El caballero de Lea llevó la mano a la espada y la sacó dispuesto a defender a su hija.

—¡No, padre! –lo detuvo la muchacha, ya con el cabello totalmente libre de ataduras y el sombrero en su pequeña mano blanca y algo temblorosa.

—¡Dadle el papel, malvados! –exclamó Marian, enfrentando al abad y a Guy de Gisborne y deteniendo a los soldados que avanzaban hacia su padre.

—¡Me casaré contigo, indigno sheriff de Nottingham! ¡Deja que mi padre regrese a nuestras tierras hasta el día de la boda! –gritó luego parándose delante de Guy. Su decidida actitud hacía que se la viera más alta de lo que parecía mientras permanecía en silencio enfundada en ropas masculinas.

—¡Padre, regresa por el mismo camino por el que hemos venido! –dijo a su padre subrayando las palabras que pronunciaba de manera evidente.

Sir Richard comprendió el secreto mensaje de su hija. Arrancó el documento de las manos de Hugo de Rainault, abrazó a la joven sin decir palabra y salió de allí dispuesto a pasar por el bosque y pedir ayuda a Robin Hood para librar a Marian.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

# 8. Robin y el fraile Tuck

Robin, Pequeño Juan y Will Scarlett andaban arco y espada en mano recorriendo el bosque cerca de un arroyo después del mediodía, cuando alcanzaron a ver, sentado oculto entre las malezas a un hombre enorme, vestido con sayal de fraile sujeto al cuerpo con un cordón apretado, que comía tranquilamente un gran pastel de venado y bebía con ganas de un enorme frasco.

—Buena pareja para ti, Pequeño Juan –dijo Robin–. Escondeos cerca que yo me las entenderé con él.

Y apareciendo de pronto ante el hombre, le ordenó con voz ruda, blandiendo la espada, que lo pasara del otro lado del río porque temía mojarse los pies.

—Hijo mío –respondió el fraile sin alterarse pese a la espada–, mi comida está de este lado. ¿Para qué voy a pasar al otro?

Pero Robin insistió, con aparente furia. El fraile hizo a un lado el pastel y suspiró resignado. No había más remedio que hacerlo y ofreció su espalda. Robin montó sobre él y el fraile comenzó a cruzar el arroyo. A la mitad del vado, el agua le llegaba casi a la cintura. Pero apenas puso pie en la otra orilla, mientras Robin se deslizaba al suelo, se volvió rápidamente, le arrebató la espada y lo arrojó al suelo.

—Llegó mi turno –dijo–. Levántate y llévame de vuelta a mi almuerzo o te ensarto en este asador.

Robin tuvo que admitir que su treta se repetía esta vez contra él y se dispuso a cumplir. Escondidos entre los arbustos, el Pequeño Juan y Scarlett se sacudían de risa al ver a su jefe atravesando el río con aquella montaña del fraile sobre las espaldas. Al llegar a la orilla, otra vez se dio vuelta el juego y Robin, dueño de la espada, exclamó:

—Nada de almuerzo, fraile. Vuelve a llevarme y con cuidado ahora o te corto una oreja.



Nuevamente cargó el fraile con Robin a las espaldas, pero cuando estuvo en medio del río, se inclinó de pronto y lo arrojó al agua.

—¡Húndete o nada, desvergonzado villano! –dijo–. Yo me voy a comer.

Y así lo hizo, dejando que Robin, muerto de risa, saliera del río como pudiera. Poco después, Robin estaba junto a él.





Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

—¿Cómo te llamas, monje? –preguntó.
—Me llaman fraile Tuck, ¿y tú villano?
—Robin de Locksley, más conocido como Robin Hood.

El fraile dio un salto y se largó a reír.

—¡Qué! ¿De modo que obligué a cargarme al hombre que venció a Guy de Gisborne y que enfrenta valientemente al sinvergüenza del abad de Santa María?

Terminaron comiendo juntos y Robin propuso al fraile unirse a su banda.

—¡No me tientes, Robin, no me tientes que soy un santo varón!

Pero las palabras y las propuestas de Robin lo vencieron.

—Todo cuanto me dices, Robin, es demasiado para que pueda resistirlo un pobre pecador.

Poco después, Robin, hizo una señal, y Scarlett y el Pequeño Juan se le unieron. Regresaron todos juntos a lo profundo de la selva, y así fue como fraile Tuck ingresó a la banda de Robin. Todos estuvieron de acuerdo luego en que no había hombre más valiente y alegre en todo el país. Sabía cantar, cocinar y pelear como el mejor en cualquier oportunidad.



## 9. El rescate de Marian

Sir Richard llegó tan pronto como pudo al bosque e hizo saber a Robin Hood y a sus hombres que Guy de Gisborne con una partida de soldados trasladarían a Marian desde la abadía de Santa María hasta el castillo del sheriff donde días después se celebraría la boda.

Robin preguntó asombrado: —¿Por qué habéis traído a vuestra hija en este viaje?

—Robin –respondió el caballero desesperado–, pensé que nunca regresaríamos a las tierras de Lea y creí que era mejor hospedarla en un convento hasta que algún buen caballero me pidiera su mano en matrimonio.

Robin recordó los brillantes ojos claros que se clavaban en él mientras conversaba con Richard de Lea y juró que la boda no tendría lugar.

Fraile Tuck le advirtió que una vez que la joven ingresara en el castillo de Guy sería imposible liberarla: —¿Sabes, Robin? Ese castillo es el verdadero dominio del diablo. Si Marian entra allí, no habrá manera de salvarla.

—Pues no entrará –prometió Robin–. Le tenderemos una emboscada a Guy y a sus soldados.

Así se hizo. Robin puso espías para conocer el camino de Marian y su escolta y llegado el momento ocultó estratégicamente a sus hombres. Pasaba la mañana y ya los miembros de la banda temían que Guy de Gisborne hubiera seguido otra senda, cuando vieron aparecer a dos jinetes armados. Poco después, por el camino surgió el mismísimo Guy a caballo, llevando de la brida una yegua blanca sobre la que montaba la doncella a quien conducía hacia su castillo. Detrás los seguía una guardia de veinte hombres armados.

Esgrimiendo arco y flecha, Robin se plantó en medio del camino; los jinetes se detuvieron al verlo.

—¡Guy de Gisborne, detente! –gritó–. Deja desmontar a esa joven, hazla regresar con su padre y no te haré ningún daño.

Marian, al ver a Robin allí, solo, enfrentando a veinte hombres armados, sintió que su corazón latía fuertemente. Durante todo el día había sufrido al pensar el destino que la esperaba en el castillo de Guy y, de pronto, sentía que ardía de amor por su salvador.

Guy de Gisborne lanzó un grito de alegría: —¡Robin Hood! ¡A él, guardias! ¡Cincuenta marcos de oro para el que lo atrape!

La suma era importante y los soldados no necesitaron que el sheriff repitiera la orden. Pero las flechas de Robin alcanzaron al primero que se lanzó sobre él. Los demás vacilaron y Guy rugió de ira. Robin arrojó una nueva flecha y otro guardia cayó sobre el camino. Guy soltó la brida, desenvainó la espada y se arrojó sobre el joven, al tiempo que Robin hacía sonar su cuerno y



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.





montones de hombres surgían del bosque y rodeaban a la escolta. En pocos momentos Guy se vio superado en número y su escolta reducida e impotente. Puso espuelas a su caballo y huyó dejando a Marian en medio del camino. Robin, sereno, tomó puntería y al momento el caballo de Guy caía herido mientras el jinete se derrumbaba con el estrépito de su armadura. Robin se acercó riendo:

—¡Vaya, valiente caballero! ¿Dejáis a una doncella en manos de peligrosos bandidos? ¡No es digno de un valiente sheriff! ¿Qué pensará de vos el abad Hugo?

—¡Si tuviera mi espada, no te burlarías de mí! –rugió Guy haciendo denodados esfuerzos por levantarse.

—Aquí la tienes –dijo Robin alcanzándole el arma–. Los sajones jugamos limpio. Si sales vencedor, podrás irte junto con tu gente. Pero la doncella no irá con vos al castillo.



En ese momento comenzó el duelo. Robin jugó con su adversario como un gato juega con un ratón. Por fin, le hizo saltar la espada por el aire.

—Y bien, ve a ver al abad Hugo y dile que la doncella es libre y que él debe abandonar sus ambiciones de apropiarse de las tierras de Richard de Lea.

—¿Me dejas ir? –preguntó Guy incrédulo.

—No vuelvas a pasar por aquí –le contestó Robin ordenando a sus hombres que despojaran a todos de sus armaduras. Guy y su comitiva se alejaron humillados, cubiertos sólo con sus largas camisas.

Robin Hood se volvió hacia Marian. La joven llevaba ahora un claro vestido liláceo y su cabello iba apenas recogido por una peineta de igual color. Era muy bella y delicada, con grandes ojos azules y cabellos rubios.

—Os hemos librado de las garras del sheriff. Si lo deseas, te escoltaremos a ti y a tu padre hasta las tierras de Lea.

—Buen caballero –respondió Marian–, no quiero regresar a Lea donde volveremos a sufrir la amenaza del abad.

—Decís bien, pero una bella joven como vos no puede andar errante por el mundo. ¿Adónde iréis? Hasta que regrese el rey Ricardo, nadie estará libre de las injusticias de los normandos.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

Marian bajó los ojos, ruborizada.
—Sé que estoy entre hombres leales –comenzó a decir–. ¿No puedo quedarme con vosotros?
—El bosque no es un buen sitio para una niña acostumbrada a otros cuidados.
—Buen Robin, prefiero ser libre entre buena gente, aunque pase penurias e incomodidades, a vivir en el lujo constantemente amenazada. Y tú, gigante –prosiguió Marian dirigiéndose a Pequeño Juan–, pide por mí a tu jefe. Puedo cocinar y coser para vosotros, y curar vuestras heridas.
—Robin Hood –dijo entonces Richard de Lea que había luchado de igual a igual entre los hombres de Robin–, en mis tierras, desde ahora, todo será luchar y luchar para defendernos de las ambiciones del abad. ¡Permitid que mi hija quede protegida entre vosotros!
—Está bien –asintió Robin, algo pensativo aún–. Marian, seréis la reina de Sherwood.

Pequeño Juan y los demás aplaudieron y arrojaron sus sombreros al aire.
—Marian –continuó Robin–. ¿Querrías ser, además, mi reina?
—Sí –respondió ella– porque jamás he conocido a un hombre como vos. Os debo la vida y la libertad.
—Robin –intervino Richard de Lea–, es para mí un honor concederos a mi hija en matrimonio. Cuando regrese el rey Ricardo, podréis habitar en mi castillo y acompañarme en mi vejez.
—Es una fortuna –reflexionó Pequeño Juan– que fraile Tuck haya ingresado en la banda. Él podrá casaros sin que necesitemos solicitar un cura en la abadía de Santa María.

Todos rieron.

La boda se celebró en una noche de primavera. Marian y Robin permanecían bajo la fresca sombra de las hojas de un roble, de pie sobre una alfombra de hojas verdes y bermejas. El fraile Tuck se paró frente a ellos para bendecirlos y declararlos marido y mujer. Los invitados estuvieron de acuerdo en que pocas veces se había visto una novia tan bella.



## 10. Robin Hood, carnicero

Los días transcurrían tranquilos en el medio del bosque. Robin, sin embargo, no olvidaba el motivo por el que él, sus hombres y Marian se hallaban proscritos y escondidos en la espesura. Debían continuar su lucha contra la injusticia de los normandos que los habían despojado de todo aprovechándose de la ausencia del rey Ricardo.

Una mañana, Robin Hood decidió salir en persona del bosque para enterarse de las novedades de Nottingham.

Marian se sintió inquieta. —Robin –le dijo–, no tienes necesidad de salir a buscarte problemas.
—Regresaré pronto, Marian –respondió el joven y haciéndole un cariñoso saludo se alejó de ella dispuesto a acercarse al pueblo.
—Vuelve pronto –suspiró Marian mirándolo alejarse por el camino del bosque.

Robin avanzó por un sendero polvoriento. Al poco rato se encontró frente a frente con un carnicero que se dirigía a toda prisa a vender su mercancía en el mercado de Nottingham.
—Llevas buena carga, amigo –lo saludó Robin–. ¿Por qué vas tan a prisa?
—Preferiría no tener que atravesar estos senderos –respondió el hombre–. Todos dicen que por aquí suele andar un peligroso bandido llamado Robin Hood.
—¡Oh! –dijo Robin fingiendo sorpresa–. ¿Cómo es posible que no lo apresen si se trata de un bandido tan feroz?
—Dicen en Nottingham –contestó el carnicero–, que por dos veces se ha burlado de Guy de Gisborne, el sheriff. Es por eso que ahora Guy ha encargado al alcalde que con sus propias manos lo tome prisionero.

A Robin se le ocurrió entonces una idea muy atrevida.
—Mira, buen hombre, si tanto temes que ese bribón te ataque antes de llegar al pueblo, véndeme a mí tu carga. Y te compro además la carreta y el caballo.



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

—¿Cuánto me das por todo? –inquirió cauteloso el carnicero.

El proscrito le pagó un buen precio y algo más para que también le entregara la vieja vestimenta que el hombre llevaba puesta. Robin se vistió con aquel atuendo y entregó el suyo al sorprendido carnicero que regresó por donde había venido, olvidando sus temores mientras calculaba cuántas monedas contendría la pesada talega que Robin había puesto entre sus manos.

Robin partió hacia Nottingham dispuesto a averiguar qué planes tenía el alcalde para cumplir con la orden de Guy de Gisborne.

En el mercado, el fingido carnicero vendió casi toda la mercancia a mitad de precio ante el alborozo de la clientela que se amontonaba a su alrededor al escuchar su oferta:

Venid, mocitas y bellas damas,
Compradme la carne a mí…
Los cortes de tres peniques
Los vendo sólo por uno.
Venid mocitas y damas,
Compradme la carne a mí…

Este cordero se ha alimentado
De los narcisos y las violetas
Que crecen libres junto al arroyo.
Las reses vienen de tierras cálidas.
Y los carneros de verdes pastos,
Y las terneras son aún tan jóvenes
Que están sus carnes blancas,
tan blancas como la leche de amamantar…

Venid, mocitas y bellas damas,
Compradme la carne a mí…
Los cortes de tres peniques
Los vendo sólo por uno.
Venid mocitas y damas,
Compradme la carne a mí…[2]





Como acostumbraba a hacerlo, el alcalde deambulaba a caballo por el mercado. Se fijó desde lejos que una multitud rodeaba el puesto del carnicero y se dirigió hacia allí. Robin lo vio acercarse sabiendo que si el alcalde sospechaba siquiera de su verdadera identidad lo haría colgar de inmediato.

Al paso de su caballo, el alcalde escuchó lo que la gente comentaba: ¡Ese tonto carnicero estaba regalando casi su mercadería!

—Dime, buen hombre –preguntó el funcionario–. ¿Por qué entregas tu ganado a tan bajo precio?

Los ojos de Robin parpadearon:

—¡Oh, señor alcalde! –repuso–. Debo regresar a mi hogar por el camino del bosque y prefiero regalar la carne a toda esta buena gente antes que exponerme a que una banda de ladrones que vive en el bosque me robe mi dinero.

—¿Hablas de Robin Hood y de su gente? –preguntó interesado el alcalde.

—Creo que ese es su nombre –respondió Robin tratando de parecer tan tonto como la gente creía que era.

—En verdad es un bandido muy peligroso –explicó el alcalde–. Hoy haré anunciar al pregonero que entregaré cuarenta marcos de oro al que logre atraparlo vivo o muerto.

—¿Cuarenta marcos? –preguntó uno de los aldeanos–. Es un precio muy alto por la cabeza de cualquier hombre.

—Lo es –afirmó el alcalde–. Pero se trata de un bandido muy peligroso. Ha matado a dos guardias armados de Guy de Gisborne con sus flechas y venció al mismo Guy enfrentándolo a espada. Una pandilla lo apoya en el bosque.



2 "Now come, ye lasses, and eke ye dames,/And buy your meat from me;/For three pennyworths of meat I sell/For the charge of one penny./ "Lamb have I that hath fed upon nought/But the dainty dames pied,/And the violet sweet, and the daffodil/That grow fair streams beside./ "And beef have I from the heathery words,/And mutton from dales all green,/And veal as white as a maiden's brow,/ With its mother's milk, I ween./ "Then come, ye lasses, and eke ye dames/Come, buy your meat from me,/For three pennyworths of meat I sell/For the charge of one penny."

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

—¡Dios mío! –dijo una mujer con gran temor–. Esperemos que no se aparezca por Nottingham.
—¡Que venga! –exclamó el alcalde–. Yo mismo me encargaré de capturarlo. ¡Hay que librar al pueblo de esa peste!
—¿Pero creéis que podré volver tranquilo la próxima semana, sin que esa pandilla robe mi carne o mi dinero? –preguntó Robin, y su voz parecía la de un pobre comerciante atemorizado.
—¡Podrás trabajar tranquilo, carnicero! –respondió el alcalde–. No sólo hemos puesto precio a la cabeza de este vagabundo. Hemos reunido gente para dar una batida en el bosque mañana al amanecer.
—¡Ay, señor alcade! –repuso Robin–. ¿No pensáis, entonces, que es mejor que retorne ya mismo, mientras dure todavía la luz del día?
—Te conviene, carnicero –respondió el funcionario tratando de aprovecharse de la situación–. Mis hombres se encargarán de la carne que no has llegado a vender.
—¡Oh, alcalde, os lo agradezco! Soy un hombre de paz y confío en no tropezar con ese bandido.
—Vete, ya, entonces –lo despidió el alcalde–. ¡Y cuídate!
—¡Buenos días, señor alcalde! –saludó Robin inclinándose y retrocediendo hacia la salida del pueblo.

Había averiguado lo que quería saber y regresaba al bosque para preparar a sus hombres antes de que anocheciera.



## 11. Un nuevo intento de Guy de Gisborne

Al amanecer del día siguiente, Guy de Gisborne y el alcalde partieron con sus soldados hacia las profundidades del bosque de Sherwood. Ambos ignoraban que sus pasos eran seguidos por muchos pares de ojos agazapados a los costados del camino y escondidos entre las ramas de los árboles.

A partir del momento en que la banda descubrió cuál era el camino elegido por el sheriff para ingresar al bosque, Guy de Gisborne y sus hombres armados no tuvieron reposo.

Solitarias espadas eran arrojadas de uno a otro costado del camino cruzándose en el aire al paso de los jinetes. Flechas y más flechas se clavaban en los troncos de los árboles sin que nadie pudiese descubrir quién las arrojaba. Los soldados empezaron a perder la calma. Sombras fantasmales surgían de pronto y cuando los hombres se aprestaban a atacarlas, desaparecían misteriosamente.

Todos sentían que mil ojos invisibles los espiaban. El sheriff y el alcalde ordenaron detener la marcha. Guy eligió a los más valientes de sus hombres y los envió a revisar las matas y a recorrer la espesura en busca de los enemigos. Nada pudieron hallar.

Cuando empezaron a caer las primeras sombras de la noche, al aprestarse a doblar en un recodo del camino, los jinetes que marchaban delante de Guy comenzaron a caer de sus caballos en medio del bosque como si fueran muñecos. Finas cuerdas habían sido extendidas entre los árboles que crecían a ambos lados del camino y cuando los soldados pasaban se enredaban en ellas y rodaban por el suelo sin atinar a evitar el extraño laberinto.

En ese momento, cuando varios jinetes luchaban por incorporarse, Robin y sus amigos aparecieron sorpresivamente.

El mismo Robin se dirigió hacia Guy de Gisborne mientras Pequeño Juan enfrentaba al alcalde y el resto de la banda se batía con los soldados.

Guy de Gisborne no estaba dispuesto a ser vencido nuevamente. Lanzó su caballo contra Robin con su espada apuntando hacia el corazón de su enemigo. Pero Robin se hizo ágilmente a un lado y alcanzó a dar un chirlo con su espada al hocico del caballo que se levantó furioso sobre sus patas traseras y arrojó a Guy sobre la tierra del camino.
—¡Otra vez en mis manos, sheriff! –rugió Robin–. Os he atrapado aquí para que tú y el alcalde sepáis quién es el señor de Sherwood y lo comuniquéis al abad Hugo de Rainault que se apropió de mis tierras.



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

El sheriff y sus soldados retrocedieron perseguidos por los hombres de la banda y se perdieron en las sombras del camino después de que Robin diera la orden de regresar al bosque.

## 12. La flecha de plata

Cuando Hugo de Rainault supo de la nueva derrota se enfureció. No podía creer que Guy y el alcalde hubiesen caído de esa forma en la trampa tendida por Robin.

—¡Se burla de vosotros y no sois capaces de matarlo! –gritaba el abad–. ¡Ahora seré yo quien le tienda una trampa a este bandido!

—¿Cómo pensáis atraparlo, abad? –inquirió Guy de Gisborne.

—Organizad un torneo de tiro de arco en Nottingham –ordenó Hugo al sheriff–. Robin Hood no resistirá la tentación de volver a reirse de nosotros.

—Si acude Robin –pensó el sheriff en voz alta–, lo apresaremos en el centro mismo de Nottingham. No podrá volver a engañarnos dándonos batalla entre las sombras del bosque que conoce tan bien.

Much, el hijo del molinero, volvió al bosque después de hacer una visita a su padre trayendo noticias del torneo:

—¡Ya están abiertas las listas para anotar a los participantes! ¡Dicen que vendrá el príncipe Juan!

—Ese traidor normando, ¿se atreverá a venir a Nottingham? –preguntó Robin.

—Vendrá –aseguró Much–, y Gilbert Red Cap, su mejor arquero, competirá en el torneo. ¡Una flecha de plata con plumas de oro será el premio!

—¡Colocaré esa flecha en mi aljaba! –exclamó Robin.

En vano fue que Marian quisiera convencerlo de que era demasiado arriesgado ya que muchos hombres en Nottingham deseaban apresarlo para obtener los cuarenta marcos de oro que el alcalde ofrecía como recompensa. Los hombres de la banda pronto planearon todo.

El último día del torneo el príncipe Juan, Guy de Gisborne, el alcalde y las damas observaban la competencia desde una gran plataforma que había sido instalada para ellos.

Cerca del mediodía, llegó al centro de Nottingham un grupo de molineros todos sucios de harina, varios pastores con los sombreros cubriéndoles el rostro hasta los ojos y un pordiosero de gran altura y anchos hombros que avanzaba apoyándose sobre una muleta.

—Escucha –murmuró Guy a un soldado que se hallaba a su lado–, ¿ves a Robin Hood entre esos hombres?

—No, no creo, señor –respondió el soldado observando atentamente al grupo de recién llegados–, a seis de ellos creo reconocerlos, el de la muleta es demasiado alto para ser Robin Hood y este que está más cerca es demasiado gordo.

—Creo, entonces –dijo Guy–, que este bribón es más cobarde de lo que pensábamos.

Entre la multitud que se hallaba en el lugar apareció un anciano andrajoso, con la cara sucia y un gorro torcido sobre la cabeza. El hombre se acercó a inscribirse para la competencia de arco. El encargado de hacerlo dudó de que aquel miserable tuviera fuerza en sus brazos para sostener el arco. El príncipe Juan reparó también en él y preguntó de quién se trataba: —Dice llamarse Adam de Worth y quiere intervenir para hacerse dueño de la flecha de plata.

Una carcajada estalló en la multitud pero el viejo mendigo alzó el puño y lo agitó de manera amenazante ante la plataforma donde se hallaba el príncipe.

—Dejadlo que participe –ordenó el príncipe–, si no da en el blanco recibirá su merecido.

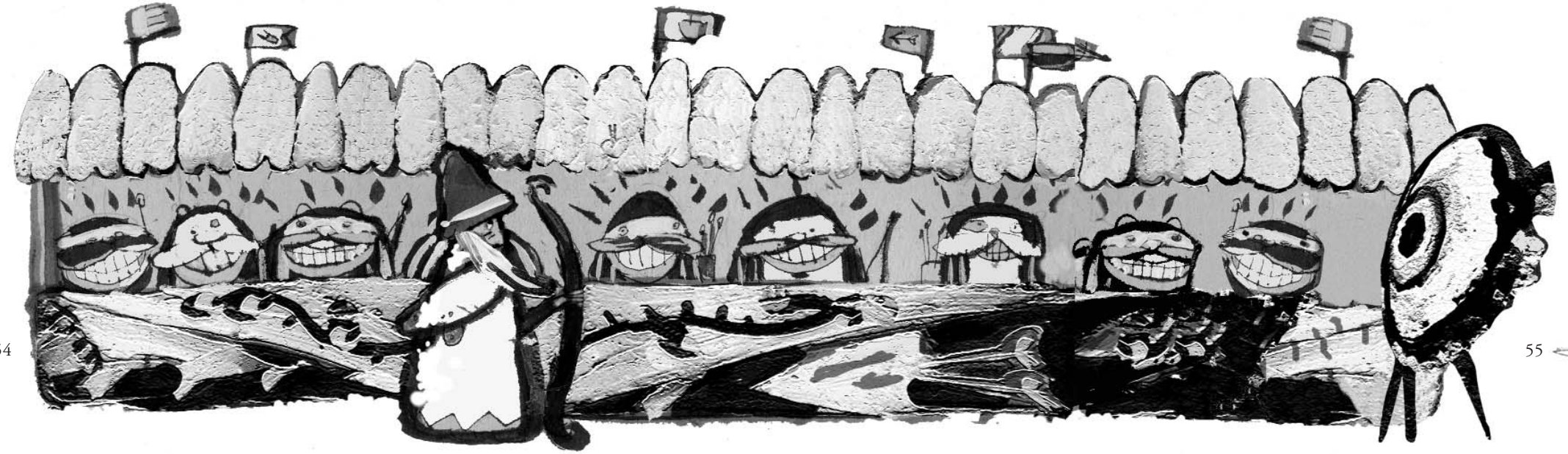
—No temáis, alteza –tartamudeó el viejo–, mis flechas sajonas darán en el blanco.

Esta respuesta era un insulto para cualquier normando y especialmente para el príncipe Juan que se dirigió a los soldados:



G.C.B.A.
Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.







—¡No lo perdáis de vista! ¡Si no figura entre los finalistas del torneo, será azotado por su bravuconería sajona!

Los arqueros comenzaron a alinearse para las pruebas. Cuando le llegó el turno a Adam de Worth su flecha se clavó seis pulgadas más cerca del centro que cualquiera de las otras. El príncipe, disgustado, creyó que era pura casualidad.

Quedaron pocos hombres para la última rueda, entre ellos Gilbert Red Cap, arquero del príncipe, seguido por el arquero del sheriff y por el viejo Adam.

El arquero de Guy falló en el tiro ante el murmullo burlón de un grupo de sajones que observaba el torneo. Gilbert Red Cap clavó su flecha a escasa distancia del círculo central, que sólo medía ahora media pulgada de diámetro. El viejo Adam apuntó distraídamente y se dio vuelta sin observar siquiera dónde había ido a parar su flecha.

Un rugido partió de la multitud de espectadores.

Gilbert Red Cap miró a su adversario de reojo: —¿El diablo guía tus flechas, viejo?

—No, el diablo se asusta de las flechas sajonas igual que vosotros los normandos –respondió el viejo.

Sus ayudantes contuvieron a Gilbert para que no se arrojara contra Adam de Worth.

Sólo dos arqueros quedaron para el último tiro. El príncipe alentó a Gilbert Red Cap: —Adelante, Gilbert. Además de la flecha de plata recibirás un cuerno de monedas de oro si das en el centro.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

—¿También a mí me ofrecéis las monedas? –chilló el viejo.
—Tú perderás el tiro y perderás tu mano, viejo sajón –se burló el príncipe.

Gilbert Red Cap apuntó con cuidado y disparó. La gente aplaudió porque su flecha dio justo en el borde del pequeño círculo negro.
—Pocos arqueros, normandos o sajones, hay tan buenos como tú –dijo el viejo reconociendo la habilidad del hombre del príncipe.

Apuntó esta vez con cierto cuidado. La flecha se incrustó en el centro mismo del círculo.

Observando de lejos el recorrido de la flecha, Gilbert devolvió el cumplido de Adam de Worth: —Con gusto recibiría lecciones de ti, maestro.

El príncipe bajó de la tribuna y se acercó a inspeccionar.
—No es un hombre, es un demonio –dijo observando el blanco perfecto de la segunda flecha.
—Hombre o demonio, príncipe, ha ganado el premio –le señaló Gilbert.
—Entregadle la flecha y las monedas de oro.
—Viejo truhán –dijo el príncipe–. Toma el premio y vete.
—Alteza, os agradezco tanta cortesía –respondió Adam. Y con un movimiento rápido guardó la flecha de plata y arrojó las monedas a la multitud.
—¡Detenedlo! –gritó Juan–. ¡Es un ladrón, porque si fuera un mendigo, como parece, no hubiera arrojado las monedas!

Pero Adam se había alejado ya entre la multitud.
—¡Es Robin Hood, el proscrito! –gritó Guy de Gisborne descubriendo el engaño– ¡Detenedlo, soldados! –Pero no pudo seguir hablando porque en ese momento el mendigo rengo levantó su muleta y la descargó sobre la cabeza de Guy al tiempo que la voz de Pequeño Juan, que no era otro que el pordiosero, gritaba:
—¡Proteged a Robin, compañeros!

Una veintena de fornidos individuos armados con garrotes surgieron de la multitud y en cinco minutos el centro de Nottingham se convirtió en un campo de batalla. El príncipe Juan, el sheriff y el alcalde huyeron del lugar para ponerse a salvo.



En la confusión de la multitud Robin y sus hombres evitaron ser apresados por los soldados y emprendieron el regreso al refugio de Sherwood. Sin embargo, Much miró hacia todos lados y empezó a retroceder con gran apuro:
—¿Qué sucede, Much? –preguntó gritando el fraile Tuck que había peleado con gran entusiasmo.
—¡Will Scarlett no está entre nosotros! ¡Deben haberlo capturado los hombres del sheriff! –respondió Much agitado y con la voz entrecortada.
—¡Robin, Robin, espera! –gritó Pequeño Juan deteniendo a Robin que marchaba al frente de la banda.

Much contó a Robin lo que ocurría.
—¡Nunca, mientras quede un hombre en Sherwood, permitiremos que estos malvados hagan daño a alguno de nosotros! –declaró Robin con firmeza.



## 13. El rescate de Will

—¡Al bosque, de prisa, compañeros! –dijo Robin a su banda.

Marian salió a recibirlos sospechando que algo grave podía haber ocurrido. Robin entregó a su esposa la flecha de plata. La joven, emocionada, apenas pudo abrazarlo porque los comentarios del resto de los hombres la pusieron en conocimiento de la triste novedad.

La banda se reunió en un segundo. El castillo del sheriff era una fortaleza casi invencible, el dominio del diablo, como lo solían llamar los sajones. Debían sin embargo, a pesar de las dificultades, entrar a ese lugar para liberar a Will.
—Entrar puede ser fácil –reflexionó Robin–. ¡Pero salir será imposible!

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.





Uno de los hombres pidió la palabra: —He trabajado mucho tiempo como albañil en el castillo, jefe Robin –explicó brevemente–. Conozco una salida secreta, un hueco con fuertes rejas escondido entre las malezas. Las rejas pueden abrirse únicamente desde adentro. Tal vez Guy de Gisborne las hizo colocar de ese modo para huir con sus tesoros el día que regrese el rey Ricardo.

—Entonces –dijo Robin– entraré por la puerta principal del castillo y saldré con Will Scarlett por la salida secreta.

El antiguo albañil del castillo se inclinó y con una rama dibujó sobre el suelo un plano del castillo, explicando a todos cómo alcanzar el hueco enrejado para huir del lugar sin ser vistos.

—Preparáos para el rescate –ordenó Robin–. Much y Pequeño Juan, vestíos con las armaduras que le quitamos al sheriff y a sus hombres y conseguidme una.

Los dos amigos obedecieron a Robin sin entender cuáles eran sus planes.

—Vosotros –dijo Robin al resto de la banda–, preparad vuestros arcos y flechas.



Cuando comenzaba a amanecer, tres caballeros, vestidos con relucientes armaduras y montados en esbeltos caballos, se detuvieron ante la entrada del castillo. El soldado de guardia los interrogó y corrió a comunicarle la novedad al sheriff.

—Tres enviados del príncipe Juan quieren entregaros personalmente una carta suya –comunicó el hombre.

—Franqueadles la puerta pero dejadlos bajo vigilancia en el puente mientras traéis la carta –respondió Guy que temía que se tratase de una nueva trampa de Robin Hood.

El soldado abrió la puerta. Los tres caballeros penetraron en el castillo pero, antes de que el hombre pudiese transmitirles las órdenes de Guy de Gisborne, Pequeño Juan había tapado su boca y lo había maniatado. Robin y Much, mientras tanto, corrían los cerrojos de la puerta del castillo. Los tres avanzaron sigilosamente hacia un pasadizo que se hallaba junto a las murallas y que conducía a las celdas de los prisioneros.

En el momento en que otro de los soldados descubrió a su compañero maniatado y dio la primera señal de alarma, una lluvia de flechas comenzó a derramarse por sobre la muralla. Los soldados intentaron salir hacia el puente y organizar la defensa,

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.



pero encontraron los cerrojos echados y se produjo una gran confusión.

Robin y sus amigos, por su parte, se vieron de repente ante una puerta cerrada.

—Apartáos –dijo Pequeño Juan al tiempo que impulsaba todo su peso sobre la puerta y esta cedía abriéndoles el paso. Los tres



ascendieron por una escalera de piedra sombría en cuyo extremo un guarda permanecía de pie.

—¡Guarda! –gritó Much. El guarda tomó una antorcha que ardía sujeta a la pared y se dio vuelta iluminando la escalera. Pequeño Juan lo esperaba ya y descargó sobre él un fuerte golpe que lo dejó tendido como un leño. Much recogió el manojo de llaves que había quedado junto al cuerpo del guarda derribado, las fue probando hasta que logró abrir con ellas las pesadas puertas de madera de los calabozos. El lugar estaba totalmente a oscuras.

—Por aquí –susurró Will Scarlett.

Robin se acercó rápidamente con una antorcha.

—¡Sabía que no me abandonaríais, amigos! –comentó Will con voz débil.

A lo largo del corredor fueron apareciendo otros prisioneros, pálidos y enflaquecidos.

Robin Hood encabezó la marcha e iluminó el camino siguiendo las instrucciones del albañil. Much iba detrás suyo ayudando a Scarlett a sostenerse. Los prisioneros los siguieron sin saber cómo agradecer su inesperada libertad. Pequeño Juan cerraba la columna dispuesto a rechazar a cualquier perseguidor. Caminaron hasta descubrir un rayo de luz en el muro del castillo. Robin abrió la puerta de rejas y todos salieron a un espacio abierto. El centinela de la banda distinguió a la distancia a los hombres que emergían por el hueco de la muralla, agitó su mano para indicar a Robin que los había visto y desapareció entre las matas.



En el patio de la fortaleza, Guy de Gisborne había logrado que sus hombres reabrieran la puerta principal. En el momento en que una patrulla de jinetes salía en busca de los invisibles atacantes, se escuchó el sonido de un cuerno. Las flechas que brotaban desde atrás de los árboles cambiaron bruscamente su rumbo: en lugar de dirigirse hacia los muros del castillo tendieron una especie de barrera que cubrió la marcha de los hombres que huían del dominio del diablo siguiendo los pasos de Robin Hood. Algunos de los soldados cayeron de sus caballos, otros

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

retrocedieron. Cuando el grupo de Robin y los prisioneros llegó al límite del bosque, se oyó otra vez el sonido del cuerno. La lluvia de flechas cesó.

## 14. El Caballero Negro

La banda regresaba lentamente al refugio del bosque. Robin Hood cabalgaba junto a Will Scarlett que había sido duramente golpeado por los hombres del sheriff para obligarlo a que revelara el escondite de la banda del bosque.

Robin se adelantó hasta poner su caballo junto al de Pequeño Juan.

—Amigo –le dijo–, creo que debemos poner definitivamente fin a tantas injusticias.

—Tienes razón, Robin –respondió Pequeño Juan–. En nuestro próximo asalto al castillo debemos acabar con el poder del sheriff y destruir a los hombres de Hugo de Rainault.

En esta conversación estaban cuando apareció un jinete en el camino. Era un caballero de elevada estatura, montado sobre una cabalgadura negra; el escudo no tenía insignia alguna que permitiera identificarlo y la visera cubría su rostro.

—¿Por qué andáis por el bosque, caballero? –preguntó Robin.

—Ando por donde me da la gana –respondió el caballero y su voz sonó muy profunda a través de la visera.

—¿Buscáis tal vez el castillo de los amigos del príncipe Juan? –indagó Robin señalando hacia la fortaleza del sheriff.

—Los asuntos del príncipe Juan tienen mucho que ver conmigo –replicó el otro.

—Entonces, dirigíos hacia allí y tendremos oportunidad de matarte junto con todos ellos cuando destruyamos el castillo.

—¿Por qué os proponéis atacar el castillo? –dijo pensativo el caballero no prestando oídos al tono amenazante de Robin.







G.C.B.A.
Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

—Por muchas razones que siendo vos amigo del príncipe Juan no tenéis por qué oír –explicó el jefe de la banda.
—No he dicho que fuera amigo del príncipe Juan –repuso el caballero–. Si existen motivos para atacar el castillo, os ayudaré.
—Hay motivos de sobra –dijo Robin Hood–. El abad y el sheriff, autorizados por el príncipe Juan, no sólo despojan a los sajones de sus casas y de sus cosechas. También persiguen a los caballeros normandos, como al propio padre de mi esposa, para adueñarse de sus bienes.

El caballero desmontó en ese momento y levantó la visera dejando el yelmo bajo de modo tal que no se pudiera ver su rostro.
—¡Por cierto que os ayudaré! –exclamó el caballero–. ¡Es tiempo de que estos ladrones reciban una lección!

Al escuchar el sonido de la voz del caballero, uno de los prisioneros que había sido liberado por Robin Hood de los calabozos del castillo se adelantó unos pasos para observarlo de frente. Se podía ver la mirada atónita del hombre que cayó de pronto sobre su rodilla ante la erguida figura del caballero.
—¡Majestad! –musitó el hombre.



## 15. ¡Justicia!

—Yo mismo restableceré el orden en mi reino –proclamó el rey Ricardo volviendo a montar sin reparar en todos los miembros de la banda que se habían puesto de rodillas.

El Caballero Negro avanzó rápido como un rayo. Robin y sus hombres lo siguieron a cierta distancia, sin atreverse a acompañar su marcha, y lo vieron atravesar la arcada y el puente.

El abad Hugo de Rainault estaba junto al sheriff Guy de Gisborne planeando el ataque final al bosque, para destruir definitivamente a la banda de Robin Hood, cuando el Caballero Negro irrumpió en el lugar.

—¿Qué hacéis aquí con el rostro cubierto, caballero? –gritó el abad.

El caballero echó atrás su yelmo y dio vuelta el escudo dejando ver las insignias del rey.

Guy de Gisborne retrocedió en tanto que el abad se puso de pie pálido como un muerto.
—¡Perros! –rugió el rey Ricardo–. Os encargué proteger mi reino mientras permanecía en las Cruzadas y os habéis burlado de la justicia. ¡Os declaro culpables! ¡Seréis despojados de las riquezas que habéis robado y recorreréis el reino como mendigos!

Tras decir estas palabras, el Rey dio media vuelta y se dispuso a salir.

Robin Hood estaba frente al castillo. El Rey lo divisó desde el puente y lo señaló con su mano:
—He escuchado hablar de ti, Robin Hood. Sé que eres un hombre peligroso y que vives fuera de la ley.
—Ya pensaré qué hago contigo –agregó el Rey dispuesto a ir a Nottingham a encontrarse con el príncipe Juan a quien debía exigir que rindiese cuentas de su conducta.



## 16. Robin, guardián de Sherwood

Richard de Lea se puso rápidamente a las órdenes del rey Ricardo y colaboró con él para que se restableciera la justicia en Nottingham.
—Sir Richard –señaló el Rey días antes de emprender la marcha hacia su propio castillo–, me he encontrado una vez con ese bandolero Robin Hood. Debo volver a verlo antes de dejar estas tierras.
—Majestad –sonrió sir Richard–, es difícil encontrarlo a él y a sus hombres. Conocen muy bien los secretos del bosque de Sherwood y tienen mil formas de escabullirse cuando se los busca.
—Sin embargo, él también debe ser juzgado.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.

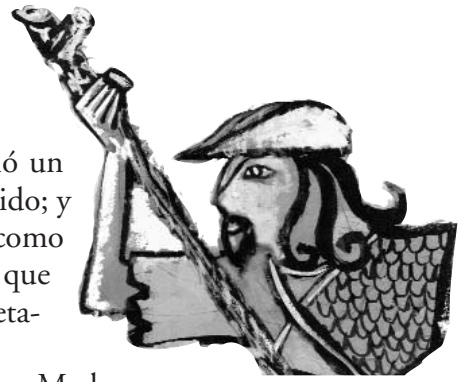
Los bandoleros habían vuelto al bosque. Pequeño Juan llamó la atención de su jefe.
—¡Eh, Robin! Ha llegado un mercader y espera que lo atiendas ¿Lo dejamos que siga su camino hacia Nottingham?
—No, esperad –replicó Robin–. ¿Cuánto dinero lleva encima?
—Cuarenta marcos –respondió Pequeño Juan–, si es verdad lo que nos dijo.
—Revisadlo.

Quitaron la capa al mercader y se apoderaron de la bolsa que colgaba de su cintura.
—Dijo la verdad –informó Pequeño Juan, mientras el mercader los miraba hacer tranquilamente, con los brazos cruzados.
—Eso es suyo –dijo Pequeño Juan arrojándole la bolsa–. Como se trata de un hombre honesto que dijo la verdad, sólo le quitaremos veinte marcos.
—¡Por la Cruz, esto es demasiado! –exclamó el mercader cuando Pequeño Juan le arrojó la bolsa encima después de quitar veinte marcos de ella; avanzó dos pasos, y dio tal revés con la mano al gigante, que lo hizo trastabillar y caer al suelo. Un rugido partió de boca de los bandoleros y dos de ellos sacaron sus espadas mientras Pequeño Juan se levantaba.
—¡Alto! –gritó Robin, echándose a reír–. Tiene razón el mercader, Pequeño Juan. ¿Qué modales son esos? ¿Por qué no le diste la bolsa en la mano? Recoge la bolsa y entrégasela como un hombre que merece respeto.

—Tiene buenos músculos –comentó fraile Tuck con una risita–. Mercader, ¿no te gustaría jugar a los puñetazos conmigo?
—Con el mayor placer, si supiera las reglas del juego.
—Es muy simple –le aseguró fraile Tuck, adelantándose–. Tú te paras allí y yo aquí. Te daré un trompazo igual al que tú le has dado al niñito Juan, que es demasiado débil y pequeñito para soportar estos juegos; y si puedes volver a levantarte después, será tu turno.
—Pega, entonces –dijo el mercader–. Me gusta tu juego.

Fraile Tuck se arrolló las mangas, y dio al mercader tal puñetazo que hubiera derribado a varios hombres, pero que no hizo vacilar ni por un segundo al mercader.





—¡Este mercader es de hierro! –exclamó fraile Tuck–. Vamos, ahora pega tú.

El mercader avanzó y le propinó un golpe que pareció lanzado al descuido; y allá salió fraile Tuck disparado como una pelota y dando tumbos hasta que cayó. El gigante se levantó completamente aturdido.
—Está bien, buen mercader –dijo–. Me has derribado.

—Ahora es mi turno –intervino Robin, un poco enfadado al ver a sus dos hombres más fuertes tan fácilmente derribados–. Sostente, mercader, que allá va mi puño, y luego me harás probar el tuyo.

Robin puso toda su fuerza en el golpe, el mercader vaciló un instante sobre sus pies y su cabeza se sacudió. Pero, con gran sorpresa de Robin, no cayó. —Mi turno –dijo el mercader, y Robin se afirmó para recibirlo.

Pero igual que Pequeño Juan y fraile Tuck, salió dando traspiés hasta que cayó al suelo. Debido a la fuerza del movimiento que había hecho, el sombrero del mercader cayó de su cabeza. Robin se levantó y sólo entonces vio quién era el hombre que le había dado el golpe. Puso una rodilla en tierra, y sin decir palabra, inclinó la cabeza ante él.

—Señor –dijo–, no es ninguna deshonra para mí el haber sido derribado por vuestro brazo. Los habitantes de Sherwood rogamos el perdón real de manos de un mercader.
—¡Ajá! –dijo el rey Ricardo–. ¿Y qué me decís de los ciervos que matásteis? ¿Y qué de los caballeros que han sido saqueados al atravesar el bosque? ¿Cómo podría perdonaros?

Robin se puso de pie:
—Majestad –dijo–, mis robos han sido contra los ladrones. Jamás ataqué a los débiles, a las mujeres, a los hombres justos.



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.
G.C.B.A.



G.C.B.A.

—¿Y te consideras juez para decir quién es justo? –preguntó el rey Ricardo, mirándolo fijamente.

—Soy juez de lo que conozco –respondió Robin con firmeza, mirando al Rey cara a cara–, y procedo siempre con justicia de acuerdo con mi juicio. He robado a los ladrones y he vivido limpiamente en los bosques mientras los caballeros tramaban infamias en sus castillos. Vos, señor, sabéis qué clase de lugar era el dominio del diablo, puesto que cierto Caballero Negro restableció en él la justicia hace pocos días.

—Verdad es; y muy verdad –respondió pensativo el rey Ricardo–. Pero, ¿y los ciervos? Allí habéis violado las leyes.

—Confieso nuestra falta –dijo Robin francamente–. Pero, siendo fugitivos, ¿cómo hubiéramos podido vivir sin la caza? Señor, estos hombres han luchado para restablecer la justicia en el país. Perdonadlos a ellos, y haced conmigo lo que gustéis.



—Vamos, Robin –replicó el rey con una sonrisa– o todos o ninguno. Esto haré por vosotros: lo pasado será olvidado y cada uno de vosotros volverá a adquirir sus derechos. A ti te designo guardián de Sherwood, con los hombres que tú mismo elijas para ayudarte y con la paga correspondiente. Y si alguno de los hombres de tu banda prefiere pasar a mi servicio y seguirme, que venga, porque bien que necesitaré a hombres cabales.

—Majestad –dijo Robin–, dejad por lo menos que os escoltemos hasta Nottingham.

—Viajaré solo –respondió el rey moviendo la cabeza–. Sed leales y no volváis a tocar los ciervos. Adiós, entonces, guardián de Sherwood, y cumplid con vuestro deber hasta que yo regrese.

Y saludando con la mano, el rey Ricardo se alejó en su cabalgadura mientras la banda, a cabeza descubierta, lo vio partir desde el claro. Después, con un suspiro, Pequeño Juan se volvió a su jefe.

—¿Y ahora, Robin? –preguntó– nuestros buenos tiempos han terminado.

—No –respondió Robin–, los que quieran pueden quedarse conmigo y con Marian en nuestro refugio secreto. ¿Quién cuidará mejor la caza de Sherwood que el guardián del bosque? Tengo derecho a muchas cabezas por año, y haremos uso de él; además, somos ricos con el botín que hemos reunido en estos tiempos. Cualquiera de vosotros que así lo desee, puede irse a vivir a la ciudad.

Y levantando la cabeza para aspirar profundamente el aire, añadió:

—En cuanto a mí, me quedo en el bosque.



Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024

PLAN PLURIANUAL




PARA EL MEJORAMIENTO
DE LA ENSEÑANZA

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
28-03-2024